

Recuerdos del Colegio

Los que en época lejana ó próxima se han educado á la sombra de los vetustos claustros del Rosario, y que por el tráfico constante de la vida moran en lugares distantes ó viven cerca de ellos recibiendo su influencia benéfica, conservan cariñosa veneración, que en vez de amortiguarse se enciende con el recuerdo de las horas apacibles del claustro, cuando la vibrante voz de la campana servía para guiar las potencias humanas por el sendero de su desarrollo natural. Edúcase aquí el carácter, no en molde deleznable que se diluye al primer embate de la lucha, sino en troquel firmísimo, que resiste la acerada punta de las tentaciones; nútrese el entendimiento no meramente con la ciencia mundana de que se alardea sin cesar, sino con la sabia de otra más duradera y estable que, sin dejar de conocer las cosas y los seres que nos rodean, levanta el vuelo al conocimiento de la causa primera; modélase la voluntad no para sacrificar la justicia y el derecho de los demás, sino para buscar el bien honesto y lícito que á cada cual corresponde; la noción de la libertad no va en el Colegio del Rosario hasta esa libertad desenfundada y ciega, productora de tantos desastres en la vida individual y colectiva, sino que marcha dentro del límite que la misma naturaleza le ha fijado, señal inequívoca de la pequeñez que nos rodea en medio de nuestra grandeza; y finalmente, crece y se arraiga el espíritu cristiano, el sentimiento religioso en armonía con los estudios serios y prolongados. Y es porque los que hemos sido alumnos del Colegio del Rosario tenemos delante, á más del ejemplo del que es su cabeza visible, la imagen de la Virgen, ante la cual pueden postrarse y se han postrado los humildes de entendimiento y aquellos de talento poderoso que han dado lustre á la república.

Allá, como envuelta en la penumbra de la capilla y suspendida del muro de tintes dorados, descúbrese la ima-

gen de la Bordadita; delinear perfectamente las facciones del cuadro, parece difícil al primer golpe de la vista; pero así como crece el amor delante de la persona amada, la figura de la Virgen se destaca á medida que la contemplamos con algún detenimiento, y el amor y el cariño se ensanchan al conocer su historia sencilla y admirable. Pudiera decirse que ante ese cuadro, en vano combatido por el tiempo, han pasado intensamente las varias épocas que constituyen nuestros anales de pueblo organizado.

A raíz del descubrimiento, cuando se asentaban sobre las bases firmes del catolicismo los primeros fundamentos de la cultura nacional, hácese la Bordadita dueña y señora del Colegio, preside los primeros actos de los primeros colegiales, oye los votos de sus hijos, escucha las plegarias de aquellos á quienes el dolor hiere y anonada, presencia el desfile silencioso de los sepulcros abiertos en plena juventud, ve el desenvolvimiento de las ideas de progreso que aquí germinan y se van extendiendo por doquiera. Mirando atrás, vemos pasar ante la Virgen del Rosario muchas generaciones de hombres ilustres á quienes la patria debe gran parte de sus adelantos, y que bebieron su ciencia, no en festines y orgías, sino en medio del recogimiento y de la tranquilidad de los claustros.

De pronto se amortiguan los rayos de la colonia para dar paso á los destellos de la primera aurora de la República. Allí está la Bordadita. Nada le es extraño, ya que sus hijos se han hecho capaces y dignos de ganar para sí el título de libres. Y surgen del Colegio los varones eminentes abogando la práctica de sus derechos: los que no pueden luchar con la palabra ó con la pluma, presentan el pecho á las balas enemigas en testimonio de una convicción firme y profunda. En aquel torneo de valor, España ha tenido la culpa. El Colegio del Rosario no hace otra cosa que cumplir sus destinos, prefijados por mano invisible. Y se lucha y se combate sin temor de perder honores, riquezas, la vida misma. Pero esa libertad necesitaba san-

gre, y sangre de héroes. El árbol crecía con lentitud y las contiendas civiles de los primeros luchadores iban minando el edificio, cuyos cimientos estaban amasados con el rencor y el odio de una política naciente. De ahí que haya perdurado y perdure el nombre de *patria boba*, dado á aquella época luctuosa en que, si se peleaba, de tumbo en tumbo se caía al abismo de la esclavitud y el desconcierto. La cuchilla del pacificador se encargó por sí sola de levantar el coraje de los americanos. Asoman por todas partes los corazones valerosos, organizase la defensa, huye la discordia, recógense las fuerzas en un solo haz de martirios, y se triunfa.

Es entonces cuando la Bordadita alumbrá con la luz de sus misericordias el camino de los que desfilan para siempre, esmaltando con su sangre el cielo de la patria. El recuerdo de aquellos tiempos es sombrío, y tanto más cuanto mayor es el concepto de las ideas de humanidad y de justicia que se tiene hoy.

Pavoroso es el aspecto de los claustros en aquellos días de dolor: los que vuelven allí no van ya con la alegría propia del que retorna á los lares queridos donde corrió la cuna de su inteligencia; vuelven cargados de cadenas, retratada en ellos la desesperación anticipada de la muerte, desesperación no ocasionada por la causa que con la muerte se defiende, sino por aquella improbabilidad del éxito futuro ante el rodar de tantas cabezas ilustres. Pero á las tribulaciones de aquel instante que precede al cadalso, los que están destinados á acrecer con su sangre los arroyos de escarlata en que parece ahogarse la libertad, acuden á la Virgen del Rosario, más pronta al amparo de los afligidos que al gozo de los afortunados. Suena el momento, la invocan por última vez y empieza el desfile tenebroso y horrible. Así caen, confirmando su fe, hombres como Caldes, Camilo Torres, Crisanto Valenzuela, Jorge Tadeo Lozano y cien más.

Vienen luego días de bonanza, la luz se abre completo paso á través de este cielo tropical ennegrecido con el humo de la pólvora, y se funda la república. Y aunque durante nuestra existencia de pueblo independiente hayamos tenido hondos quebrantos y pasajeras alegrías, horas en que se escucha por doquiera el clarín guerrero llamando á la matanza, días en que crujen las entrañas de la tierra por la benéfica acción del arado, la Bordadita ha permanecido en su puesto, reverenciada como reina y señora, atenta siempre á infundir valor á los que sucumben en pro de la justicia, dirección á los que se descaminan y tuercen, gozo á los triunfadores, aliento y ánimo á los que empiezan la jornada de la vida terrena. Y pudiera afirmarse que en aquellas épocas en que parece borrarse todo sentimiento, en que las instituciones del Colegio se han visto desquiciadas y menoscabadas, los encargados del Colegio, á despecho de sus ideas políticas y filosóficas, han respetado una cosa: el cuadro de la Bordadita. Poco importa para la gloria del Claustro que los bancos donde se han sentado los sabios estén ocupados por la soldadesca brutal y destructora; poco que el templo se halle desmantelado y trocado en caballeriza, con tal que la Virgen del Rosario esté allí: la hora de las revaluaciones llega, la imagen vuelve á surgir tan pura como antes, su culto se renueva y las bendiciones del cielo tornan á caer copiosas sobre el claustro amado. Es así como ha logrado compenetrarse la historia del Colegio con la de la Bordadita, es así como el recuerdo de épocas ya perdidas en la noche de los tiempos, puede revivirse trayendo á la memoria horas profundamente dolorosas, profundamente alegres y llenas de gloria.

Háanos tocado á nosotros la fortuna de educarnos en el Colegio del Rosario en una época de verdadera resurrección de las Constituciones, y por ende, hemos sido testigos del afán con que superiores y alumnos veneran á la Virgen en su Colegio. Cierta es que durante el año, cada vez que el sol se levanta y se oculta, se le invoca y se le rinde tri-

buto de cariño; pero así como los hijos, á más del amor permanente á sus padres, tienen un día especial para celebrar el natalicio de sus progenitores, así también en el Colegio del Rosario existe el mes de Mayo, mes en que los corazones se dan cita para rendir culto á María. ¿Y qué mejor que Mayo? Vístese la naturaleza de multicolores ropajes, satúrase el ambiente con el perfume de las flores, vibran en las cosas los rayos quemadores del sol de nuestra zona, parece que el cielo está de gala con la ausencia de las nubes que torna azul la vasta extensión del firmamento.

¡Ya llega Mayo! Saludémoslo con cántico de gloria que llegue hasta el trono de la Madre de Dios; con esta súplica salida del corazón de uno de nuestros condiscípulos:

Sit pietas hominum semper Tibi, casta Maria,
Flos sicut Maius quem speciosum aperit.

Acerquémonos al altar de María, y dejemos á sus plantas, á más del blanco ramillete de flores, símbolo de la pureza, uno más valioso: aquel que consigue el cristiano que se regenera en las fuentes de la penitencia y que es causa de indecible alegría y que produce el que se acumulen en el alma las flores de la gracia divina.

R. CORTAZAR

RAZON Y FE

Señor don N. N.—Barranquilla

Mi querido amigo:

Ya me demoraba demasiado en contestar tu carta del 24 de Febrero; no lo había hecho antes por estar muy ocupado y porque quería disponer de algunas horas para escribirte despacio y con meditación. Hoy que me hallo felizmente en asuetos, lo hago con mucho gusto.